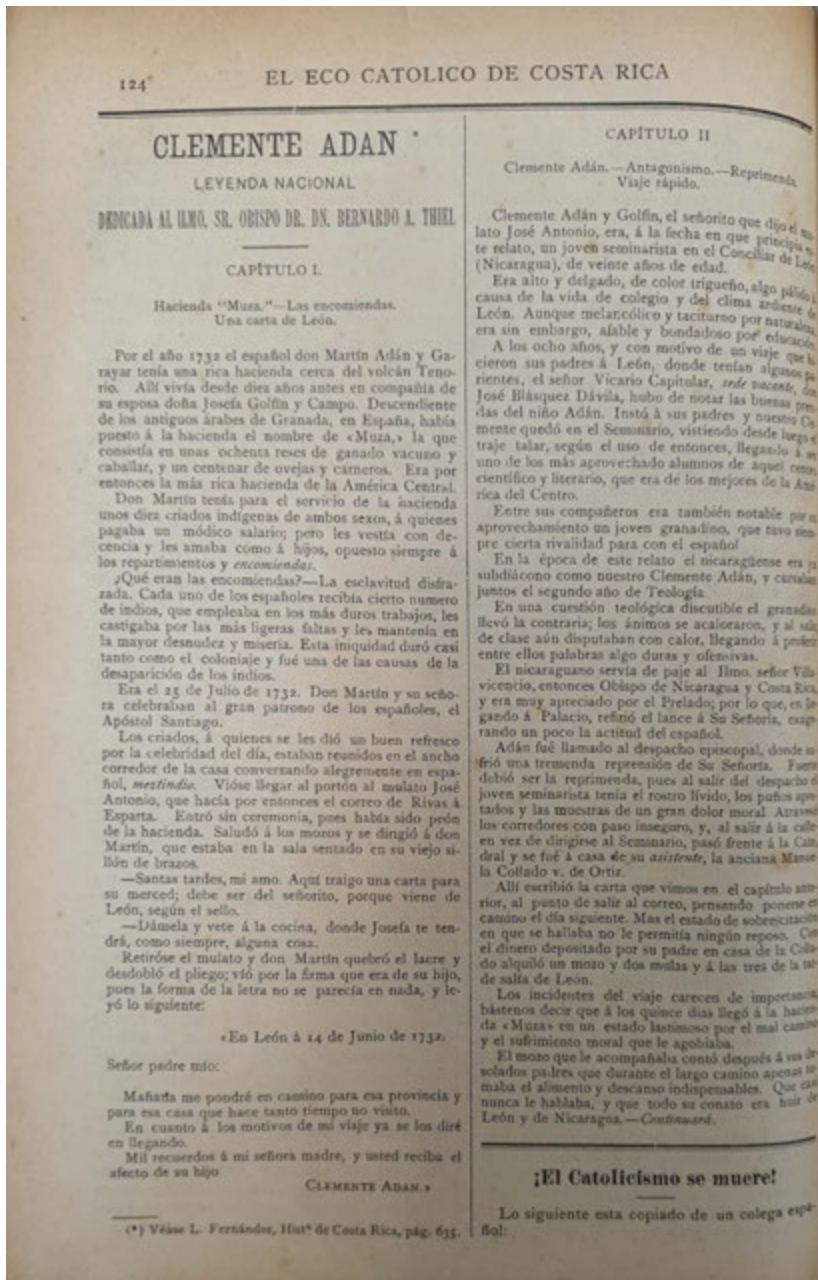


Juan Garita



Perdida en las páginas de una publicación católica, encuentro la única novela escrita por Juan Garita, quien hizo apreciar, en lo mucho que valía, el seudónimo de Fray Juan.

A principios del siglo dieciocho, en una hacienda situada en las faldas del volcán Tenorio, vive un descendiente de los árabes granadinos. Don Martín Adán es un perfecto devoto de Santiago. Se manifiesta enemigo declarado de las encomiendas de indios. Le parecen manifestaciones cobardes de una esclavitud disfrazada.

Su hijo Clemente estudia en una ciudad nicaragüense. Tiene veinte años apenas. Es seminarista en el Conciliar de León. Tipo melancólico y taciturno a la vez que afable y bondadoso. Una reprensión recibida le parece injusta. Después de quince días de viaje por malos caminos, llega a la casa paterna después de haber abandonado las aulas.

Se dedica a los quehaceres corrientes en la hacienda. También, le agrada andar de cacería por los alrededores. Solo; con la profunda inquietud que lo domina.

Decide evadirse: Huir, huir lejos de todo cuanto hasta entonces le es querido. Cansado, se detiene al pie de un cedro secular. El sueño se apodera de él. Al despertar, siente el espíritu saturado de una fortaleza hasta entonces desconocida. Sigue hacia el corazón de la selva. ¿En busca de qué? Él mismo no logra adivinarlo.

Una lluvia oportuna lo obliga a refugiarse en una gruta que, para él, es la misma que, en lejanos tiempos, salvó al profeta Elías de la enconada persecución del rey israelita.

Llega, atravesando la selva virgen, poblada de peligros, hasta las riberas de un río. La tribu india, que allí había hincado su palenque, lo recibe con curiosidad que pronto fue transformándose en respeto y en cariño. La propia institución les dice de la bondad suprema que anida en el alma de aquel desconocido. Muy pronto, sabe de esa nobleza valerosa al verlo lanzarse contra un león en defensa de algunos niños del palenque.

Conocen, también, algo nuevo. Algo que llena su espíritu de serenidad y de esperanza se interesa por el conjunto de símbolos encerrados en la señal de la Cruz.

Aprenden a acudir a un nuevo Dios al que llaman Padre Nuestro. Cada uno solicita algo, no para su goce individual sino para todos. Por eso dicen: venga a nos tu reino; el pan nuestro cotidiano dánosle hoy; no nos dejes caer en tentación; líbranos de todo mal. La oración suprema les enseña a no pedir sin antes haber dado. Nada de promesas sino algo efectivo: perdona nuestra deuda así como nosotros ya perdonamos a nuestros deudores.

Es Clemente Adán el primero de los misioneros que llevan la verdadera luz a los indios guatusos. Precedida por el inesperado fallecimiento de María, la niña salvadora de las garras ávidas de sangre del león, llega la muerte hasta el lecho de serenidad de Adán. Sobre su tumba los indios colocaron el símbolo de los símbolos: Una tosca cruz hecha de maderos pedidos a la selva enigmática.

En seguida abandonaron el palenque. Por primera vez, la muerte les inspira respeto. Por primera vez, contemplan en ella algo que no es de temer. La presencia ausente ya no es, no puede ser dolor. Ya no produce angustia. Tras ella, y por causa de ella, hay una esperanza. La más fecunda de las esperanzas: la inmortalidad. Como la esperanza no es solo paciencia sino también confianza, los recién convertidos prometen, en obediencia a las enseñanzas y siguiendo los ejemplos de Clemente Adán, nunca llenar su espíritu de desesperación alguna. La nada, que antes veían en la muerte, está llena, para ellos, de encantadoras promesas, de visiones inefables que el misionero humilde les hizo adivinar y comprender.

Para eso, huyó del Seminario. Para eso, dejó a los suyos. Para encontrar a su Dios en la buena compañía de los habitantes del palenque solitario.